



AÑO II.—ÉPOCA 2.^a

9 DE ABRIL DE 1871.

NUM. 26.

PROTESTA.

La ley de modificación de los fueros de Navarra es un verdadero dogma político que determina de un modo categórico y solemne las relaciones entre la provincia y el Estado. Y entre sus artículos se precisan concluyentemente las contribuciones que debe pagar. Es, pues, indudable que todo tributo que no se ajuste á dicha ley es un tributo ilegal y antiforal.

Ahora bien: la contribucion acordada sobre las cédulas de vecindad ¿puede estenderse á Navarra?

Es tan sencilla la fórmula con que Navarra arregló ó modificó sus fueros respecto al orden económico ó financiero, que no es necesario el crite-

rio del jurisconsulto, sino que basta el del buen sentido para contestar terminantemente á la pregunta que nos hemos hecho.

Si toda contribucion que pague Navarra al Estado ha de acomodarse al pacto solemne de 1841, toda contribucion que con mengua de ley tan memorable se le imponga, es una contribucion injusta y que debe rechazarse como tiránica y antiforal. Esperamos que la diputacion foral elevará, si es preciso, ante las Córtes la protesta que procede y que opondrá toda la resistencia legal á una exaccion tan injusta, que conculca derechos sagrados y lastima intereses particulares.

A NUESTROS SUSCRITORES.

En nuestros últimos números venimos anunciando el propósito que abrigamos de reformar nuestra publicación, aunque sin determinar la forma en que intentamos convertir en hecho nuestro pensamiento.

Nuestros lectores conocen perfectamente la idea capital que presidió á la creacion de EL PAÍS VASCO-NAVARRO. Defender los más altos intereses de esta tierra excepcional, evidenciar sus honradas costumbres, referir sus gloriosas tradiciones, conmemorar sus grandes hechos históricos y exponer en forma sencilla los episodios más interesantes que se han realizado en estas montañas inmensas y en estos pintorescos valles; tales fueron los objetos sobre que nos propusimos disertar constantemente.

Pero las circunstancias críticas en que dimos comienzo á nuestras tareas no eran las más oportunas para que el espíritu pudiera examinar con serena calma ni la severidad absoluta de los principios, ni las páginas de la historia, ni los acontecimientos que se vienen operando á través de los tiempos,

909

NAVARRA

ni nada, en fin, del programa á que nos propusimos ajustar estrictamente nuestra conducta, porque cuando la imaginacion está sobreescitada por sucesos capitales, cuando el corazon se exalta en presencia de hechos tremendos y trascendentales, cuando las pasiones arden y se volcanizan, no es posible resistir el impulso de tantos y tan formidables elementos, elementos que llenan la atmósfera y que contagian la pluma del escritor más desapasionado. Y nosotros, que no tenemos pasiones para odiar á nadie, ni aun á nuestros más encarnizados enemigos, si los tuviéramos, tampoco somos frios de espíritu, ni indiferentes á la causa del bien público, sino que, por el contrario, nos identificamos con los intereses sociales y con los intereses de los pueblos, y en aras de intereses tan sagrados no hay condicion que nos parezca onerosa, ni sacrificio que consideremos supremo.

Por eso, en vez de presenciar con ánimo sereno las evoluciones políticas de nuestra patria, evoluciones que están traduciéndose en grandes obstáculos para el progreso verdadero y en causas de retroceso moral y material, no hemos podido menos de tomar parte activa en la contienda de principios y en el exámen de doctrinas, revelando bien claramente que la bandera católico-monárquica es la única bandera de redencion, la única bandera que puede redimir á nuestra patria de las bastardías y de las iniquidades de que viene siendo víctima inocente. Y al enarbolar esa gran bandera trasformamos nuestro periódico, dándole un carácter distinto del carácter que revistió en su programa y en sus primeros tiempos.

Colocados en semejante situacion, creemos que, sin perjuicio de continuar defendiendo los derechos y los intereses legítimos del país vasco-navarro, podemos dar una nueva forma á la publicacion, revistiéndola de un carácter más general y haciéndola más interesante, y dándole un título más significativo.

El público juzgará de nuestros principios y de nuestros propósitos, principios y propósitos que se levantarán sobre dos bases fundamentales. El ca-

tolicismo y la monarquía tradicional.

LA REDACCION.

LA SITUACION Y SU REMEDIO.

Es tal la confusion que reina, no solo en la esfera política, sino en la social; ha llegado á ser tan denso el caos en que vivimos, que una de las más apremiantes necesidades del espíritu en la época que alcanzamos, es la luz, mucha luz.

La causa principal de tanta desventura es la de que nos han querido hacer correr cuando apenas sabemos andar; pero no por eso dejan de ser fatales los efectos.

El principio de autoridad, el orden, la libertad, verdadera hija legítima de la civilizacion cristiana; los deberes sociales, en una palabra, todos los elementos que proporcionan el bienestar y la prosperidad de los pueblos, yacen en el mayor olvido, son para los modernos estadistas, y sobre todo para las masas en cuya ignorancia han fundado su elevacion, frases huecas é inútiles, y, sin embargo, no hay salvacion para España si no se opera una regeneracion radical en este pueblo, que aun conserva los gérmenes de la hidalguía, de la generosidad, del respeto y veneracion al trono, del amor profundo á la religion católica, con la que se hallan identificadas todas las glorias de nuestra nacion.

La confusion que reina no disgusta á todos los españoles. Hay muchos que sacan partido de ella, como los pescadores del rio revuelto. Las fabulosas fortunas que se han creado á la sombra de la revolucion, las posiciones que se han improvisado por efecto de la habilidad política, las pingües cesantías que, despues de tomar parte en las lides de la política, conservan al ser vencidos los que, durante el apogeo, han contribuido á la perturbacion, son un estímulo, y natural es, por lo tanto, que haya en España quien asegure que reina entre nosotros la más amplia y fecunda libertad, que los derechos individuales, un tanto desfigurados en la práctica, constituyen una de las más grandes conquistas de los pueblos libres, llevando su optimismo hasta el punto de hacernos creer que el estado de la Hacienda es próspero, que los pueblos bendicen la mano que rige sus destinos, y que solo cuatro ilusos que creen en la república ú otros cuatro que creen en la tradicion, son los que están descontentos, porque el ángel de la libertad oprime con su planta al demonio del fanatismo, que en su concepto es el alma de una y otra bandera.

Esto, pueden decirse unos á otros los que se hallan sentados en el festin del presupuesto y creerlo de buena fé; pero las clases productoras, los que viven del trabajo, los que no saben qué colocacion dar al producto de sus economías, los que siguen las huellas que nos dejaron traza-

das los grandes poetas, los grandes pintores, los sabios filósofos, los ilustres publicistas del pasado, los que han visto aumentadas las contribuciones, los que no pueden visitar sus propiedades rústicas porque el bandolerismo domina libremente en el campo, los que sufren en las aldeas las funestas consecuencias de la lucha electoral, los que no se hacen ilusiones porque ni aun la tranquilidad de espíritu les está permitida, esos saben muy bien que el movimiento político de España, enlazado con el movimiento social, siguen una fatal pendiente que conduce por sus pasos contados á la más horrible de las anarquías.

Necesario de todo punto es que los hombres de buena fé, que los que anhelan sinceramente hallar remedio á tanto mal, que los que comprenden que no solo por virtud, sino hasta por egoismo, es preciso pensar en nuestra patria, porque sin ella no hay familia, no hay hogar, no hay nada; que los que carecen de opinion política porque saben que la pasion ciega, y, por último, que los que no tienen cifradas sus esperanzas de lucro en el presupuesto, deseen vivamente que rompa las tinieblas un rayo de luz, que una voz elocuente les indique el derrotero que deben seguir, y en semejante circunstancia, cuando el tiempo apremia, cuando de un momento á otro podemos llegar ó á la tiranía del bajo imperio, ó á una situacion análoga á la que destruye las fuerzas vivas de la Francia en el momento en que escribimos, deber es de todos los que consagramos nuestra vida al estudio para mejorar las condiciones de la sociedad, que cada cual, á medida de sus fuerzas, con más voluntad que eficacia si es preciso, expongamos nuestras opiniones y contribuyamos á buscar esa solucion deseada.

Necesario es cerrar los ojos á la luz para no ver que el único camino que nos queda es volver nuestra vista al catolicismo; reconocer que todos los progresos que ha realizado la humanidad, desde que predicó Jesucristo la doctrina cristiana, se deben á la Santa Religion. Solo volviendo á ella, como el hijo pródigo, la ciencia que, debiéndole todo lo que es, en un acceso de soberbia ha llegado á negar hasta la Divinidad, y cuando aparezcan unidos el catolicismo y el progreso; cuando de esta preciosa fuente partan los raudales que han de fecundizar todos los ramos del saber humano; cuando los hombres de bien penetrados de lo que significan esos tres sentimientos, esas tres grandes ideas, la libertad, la igualdad y la fraternidad, que quiere hacer una escuela política lema y bandera de su partido y que es lema y bandera del catolicismo, renaciendo el principio de autoridad, la justicia y el orden, la sociedad volverá á entrar en su cauce y quedará curada la enfermedad que corroe sus entrañas.

Sin el catolicismo, la esclavitud, la tiranía disfrazada de libertad, el triunfo de la

fuerza sobre la razon, la iniquidad bajo las apariencias de la equidad.

Es indispensable, para destruir todos estos errores, para desvanecer todas las utopias, para aquilatar las deslumbradoras teorías que perturban á las clases sociales, es indispensable, repetimos, un minucioso é imparcial análisis de las fórmulas de gobierno, de las teorías que se disputan en el órden filosófico y en el órden social el privilegio de hacer felices á los hombres, y no lo es menos exponer á su lado las eternas verdades cuya base y raiz están en el catolicismo.

Es preciso llevar al alma el convencimiento de que la salvacion, no ya de España, sino de la humanidad, más ó menos imbuida en los errores de que tambien somos nosotros víctimas, solo ha de conseguirla cuando logre que las leyes y las costumbres, que el progreso social y político tengan su punto de partida, su inspiracion, su manantial perenne en el catolicismo.

Al terminar nuestras tareas en El País Vasco-Navarro para continuarlas de nuevo en otra publicacion, que haremos estensa á toda España, conviene que se-

pan nuestro propósito aquellos de nuestros lectores que nos han favorecido desde el principio, que conocen nuestro modo de pensar y la imparcialidad y cortesía con que hemos tratado á nuestros adversarios, para que nos ayuden á realizar la obra que, con más celo y voluntad que ilustracion y talento, nos proponemos llevar á cabo.

Sirvan estas declaraciones para cerrar el semanario que durante un año ha merecido el favor del público y para inaugurar las tareas que en este mismo número anunciamos á nuestros lectores.

ALBUM.

SOLEDAD DE LA VIRGEN.

Vaso precioso de eleccion sagrada,
Escelso númen que mi mente inspira,
Yo vengo con el alma enagenada
A ofrecerte los ecos de mi lira.

Constante acoges la plegaria ardiente
Del que una gracia fervorosó implora;
Yo, postrado á tus plantas, reverente,
Vengo á pedirte inspiracion, Señora.

Hoy pretendo, aunque ostentas soberana
Fúlgido trono en el radiante cielo,
Henchido el corazon de fé cristiana,
Hasta el alcázar remontar mi vuelo.

No ansío el triunfo que al poeta eleva
Por los aplausos que arrebatá al mundo;
Quiero, Señora, que á piedad se mueva
Al recordarle tu dolor profundo.

Ya el desenfreno de Salen augura
Con infernal, satánica algazara,
La horrenda lucha, ¡oh Virgen sin ventura!
Que á tu gigante corazon prepara.

En salir al encuentro de tu hijo
¿Por qué te empeñas con tenaz porfia,
Cuando sirve de fiero regocijo
A una desatentada chusma impia?

¿Por qué abandonas, dime, esa morada,
Que tu presencia convirtió en santuario,
Y sigues á la turba desalmada
Hasta la misma cumbre del Calvario?

Si todos los dolores se han fundido
En un solo dolor, y en tu alma pesan,
Paloma de Yhowah, vuelve á tu nido,
Mientras las aguas del diluvio cesan.

Madre de Dios, ¿qué es lo que tu alma siente?

¿Cuál es el torcedor que la tritura?

Deja que al fondo resbalar me intente
Del insondable mar de la amargura.

¡Oh! ya ha lanzado la feroz canalla
Ese grito de muerte que te inquieta;
Sobre tu frente virginal estalla
La tempestad que te anunció el profeta.

Si hubo en la antigüedad pintor famoso
Que al padre de Ifigenia tendió un velo
Por cubrir sus facciones, temeroso
De no poder interpretar su duelo,

¿Qué colosal ingenio, desde entonces,
De haber interpretado se gloria,
En libros, lienzos, mármoles ó bronce,
La plenitud de tu dolor, María?

Trasladar un dolor, un sentimiento,
Fácil es cuando nace de uno mismo;
Pero ¡el tuyo! ¡gran Dios! ¿quién tiene aliento
Para bajar á tan profundo abismo?

¿Así te trata el mundo irreverente?
Y ¿eres tú, Virgen santa, la que huellas
Esa luna, ese sol resplandeciente,
Y ese nutrido pabellon de estrellas?

Abriga el hombre corazon de lodo,
Cuando así aflige con dureza tanta
A la que tiene el firmamento todo
Por escabel de su divina planta.

El rruiseñor de la arboleda umbría
No oculta al aire su canoro trino,
Porque descansa en brazos de María
Muerto del mundo el Redentor divino.

El Jordan con su límpida corriente
Pausado se desliza en la espesura,
Y maldiciendo á tan precita gente
Amargos ecos de dolor murmura.

Los elementos se declaran guerra,
Se oculta el sol tras negros nubarrones,
Y el interior se siente de la tierra

Sacudido de horribles convulsiones.

¡Oh! tú que ves, parada su agonía,
La tibia sangre que el cadáver vierte,
Dí, ¿no es verdad, purísima María,
Que tu dolor acobardó á la muerte?

Luto en el corazon, reina del cielo,
Arrastras como madre y como esposa,
Y abandonada, triste y sin consuelo,
Gimes en la viudez más espantosa.

Si entre los pliegues de tu manto, abrigo
Halla un gusano de la tierra impura,
Soy yo, que ansío compartir contigo
Tu horrible soledad y tu amargura.

Digo mal, no soy yo, será un doliente
Y arrepentido corazon que implora
No sea estéril su oracion ferviente
Ni estéril sea tu dolor, Señora.

Ya en lo más bello de mi edad florida
Bruscamente se trunque mi existencia;
Ya por fieras borrascas combatida
Cansado arrastre mi vital esencia;

Cuando el helado sueño de la muerte
Me sorprenda, cumplido mi destino,
Y quede en polvo la materia inerte,
Y el alma acuda al tribunal divino,

Pues tuve en tí fundada mi esperanza,
Mística rosa de celeste prado,

Del Dios de la justicia en la balanza
Pese más tu dolor que mi pecado.

OBDULIO DE PEREA. (1)

TRADICIONES.

Alzanse las siemprevivas,
álzanse sobre su tallo,
símbolo de los recuerdos,
emblema de lo pasado,
que á bendecir nos enseñan
de Dios la potente mano.

El viento la mies agita,
cae la hoja del árbol,
no volverán ya los meses,
pasan y pasan los años,
pasan tambien las tormentas
que rugen..... y, sin embargo,
siempre viva está la idea,
y son SIEMPREVIVAS que amo
las gloriosas tradiciones
del país vasco-navarro.

SILVERIO FALCON.

(1) Tomamos esta bellísima poesía de la colección que como un monumento de su gloria ha dejado el malogrado poeta.

DE ORDUÑA Á BERBERANA

ANTES DEL FERRO-CARRIL.

Atravesar desde Orduña á Berberana en cualquiera estacion y aun en cualquier dia del año, por más accidentado y penoso que fuese el camino que media, entre ambas poblaciones, poco ó nada de particular ofrecia digno de ser narrado, cuando ningun obstáculo se oponia al paso del transeunte. Pero hacer la travesía en ciertos días del mes de diciembre ó enero en aquellos tiempos en que sin duda, á causa de la exuberante y gigantesca vegetacion de que estaban cubiertos los montes de las provincias Vascongadas, los inviernos eran en ellas escesivamente rigurosos, eso ya era una cosa enteramente distinta.

Cuando un viajero procedente de Castilla se asomaba por vez primera en el boquete de la Peña, al considerar el horroroso precipicio que se descubria repentinamente ante sus ojos, sin acertar á darse cuenta de la causa que le obligaba, no podia menos de detener allí sus pasos experimentando emociones contrarias: espanto, por la sorpresa que le causara la presencia del profundo abismo que se abria junto á las plantas de sus pies: asombro por

el maravilloso panorama que en derredor suyo se ostentara, adornado con todas las galas de la naturaleza y con el artificio del hombre, descollando en primera linea la parte que al Norte mira.

Pudiera haberse creido, al observar la inamovilidad del espectador, que alguna mano invisible le sujetaba fuertemente diciéndole: contemplad á pie firme: eso es Vizcaya.

Y al hacerse cargo el caminante del terrible desnivel que existe entre la profunda y risueña planicie, y la empinada cresta donde se hallara colocado, no hubiera causado estrañeza haberle oido exclamar: «Ocurrencia y atrevimiento fué abrir una carretera por estos despeñaderos.»

Así es ciertamente. Solo al génio audaz y emprendedor de los vascongados, acostumbrados á luchar con los elementos en la mar, á mirar con indiferencia los peligros por tierra, y á vencer con su poderoso brazo los obstáculos que se opongan á sus planes, era dado acometer aquella obra de titanes. Preciso era, pues, que á intrépidos marinos que de apartadas regiones importaban á Bilbao ricos y abundantes productos, correspondieran atrevidos terrestres que, para darles pronta y fácil sa-

lida, enlazaran á Castilla con Vizcaya por el camino más corto.

La obra se hizo.

No es milagro que los hijos de aquellos antiguos vizcainos que hicieron subir los carros por los riscos donde anidaban los buitres, harian rodar la locomotora por los derrumbaderos donde criaban las águilas.

Pero dejémonos de digresiones y volvamos al asunto.

Cuando con motivo de una grande nevada quedaba completamente interceptado el paso de la Peña por algunos dias, las posadas de Amurrio, Mendichueta, y, sobre todo, las de Orduña, Tartanga y Berberana se hallaban atestadas de carromatos, carros de bueyes y arrieros.

Así es que reinaba entonces en aquellos paradores, hoy desiertos, una animacion, una algazara y una algarabía capaces, así de poner sordo á un vivo, como de resucitar á un muerto.

Confundiase el andaluz con el vizcaino, el extremeño con el soriano, el aragonés con el maragato, el tobalinés con el manchego.

Lo que tenia que ver era la mesa redonda. Un hipocondriaco asistiendo á ella en

aquellos dias, se hubiera curado radicalmente en medio de la alegría, los chistes y las oportunidades de aquellos hombres que hacian desternillar de risa, contrastando tanta animacion y llaneza, con la gravedad y etiqueta de las fondas de ahora; y si bien es verdad que tenia aquello bastante de ordinario y plebeyo, era sin embargo muy español, y estaba en perfecta armonia con el carácter traginero, contrabandista y aventurero de una buena parte de los españoles en aquella época.

Seis reales costaban cena y desayuno. Sesenta valian con broma y todo. La posadera no entraba en la cuenta la cama: hacia bien, una vez que, por más limpia y aliñada que estuviese, no habia que pensar de poder dormir en ella. ¡Quién se acordaba allí de subir la Peña! eso quedaba para más tarde, hasta que D. Pico Onguino y sus colegas, por su alta investidura, y por todo lo que tenian y tienen de graves, de formales y magestuosos no respondieran bajo sus palabras de caballeros de no destruir en seis minutos la obra ejecutada por sesenta hombres en seis horas.

Aquella interminable fila de carromatos, carros de bueyes y arrieros que, precedida de una numerosa tropa de hombres armados con palas y picos pugnaba por ganar la cumbre en los multiplicados repliegues del camino, presentaba desde el nacimiento de la Peña un golpe de vista digno de contemplarse.

No parecia sino que la ciudad de Orduña, huyendo de un guerrero inexorable que amenazaba esterminar la poblacion á sangre y fuego, abandonaba sus hogares para buscar su salvacion en otra parte.

¡Qué confusa gritería! ¡Qué percances! Sitios donde el camino se halla completamente bariado: sitios donde se encuentran ventisqueros como torres. Aquí carros atascados hasta el eje, allí carromateros que van y vienen con los tiros de mulas sueltos para auxiliarse mutuamente duplicando la fuerza, y vencer así la resistencia que oponen los atolladeros. Acá, unos cuantos hombres que huyen desparvoridos en diferentes direcciones, como si alguna granada hubiera caído en medio de ellos; es que ha resonado en los aires una voz aterradora que repiten los ecos de la montaña gritando: *¡Que se derrumba! ¡Que se derrumba!* Allá, huellas de sangre á lo largo del camino; es que se va desprendiendo de las heridas de las pobres mulas, cuyas rodillas están en carne viva. Acullá, corren por la cuesta abajo cuatro peones, porque han observado que un ginete con caballo y todo ha desaparecido súbitamente bajo la nieve. Más arriba acontece algun suceso grave; se apiñan los hombres; es que ha quedado muerta en su posición natural la mula de varas; el cefirillo glacial, fino como la punta de una aguja, le ha cortado repentinamente el copioso sudor en el momento mismo de llegar al boquete.

Entretanto, un peon caminero en me-

dio de la pendiente hace observaciones astronómicas con una bota de media vara, preñada hasta la boca, y medio poyo, echado sobre la nieve, le está mirando á la cara, como queriendo decirle: no se duerma Vd., señor, que aquí hace nucho frio. Compasion da el ver á un pobre tobalinés con un burrito suelto, sin carga, pues se ha visto precisado su amo á trasladarla á sus espaldas, porque el pobre animal casi exánime ni tiene la suficiente carne para poder arrastrar todo aquel hueso.

Escenas de igual naturaleza, aunque en inferior escala, tienen lugar á la parte opuesta de la Peña, es decir, de Berberana para arriba. La Venta del Hambre es el refugio de los viajeros en sus direcciones opuestas. Aquella humilde choza, colgada en la pared del precipicio, cual blanca paloma posada en la cornisa de una altísima torre, ha prestado á la humanidad más servicios que todas las posadas del camino de Pancorvo juntas. Allí se respiraba, se tomaban datos sobre el estado del camino, se improvisaban medicamentos caseros, y, como decian los trajineros, se tomaba *agua bendita*, esto es, aguardiente ó vino. ¡Llegar á la Venta del Hambre! hé aquí el bello ideal de los caminantes que tenian que atravesar la Peña.

Como la nieve lo allana todo, haciendo desaparecer las zanjas, hoyos y desmontes, cubria algunas veces tan completamente la casita, que ningun vestigio de su existencia quedaba; y como allí no habia carne de foca como en el país de los esquimales, ni tampoco de oso blanco como en la isla del Spizberg, sus habitantes, abandonados á sus propias fuerzas, y no pudiendo contar con auxilios de ningun género durante algunos dias, corrian gravísimo riesgo de perecer, si no asfixiados, ó de frio, de hambre. Por algo se le pondria á aquella venta el título que lleva.

La nieve de la Peña de Orduña tenia dos colores: el natural suyo, blanco, como blancas eran las pesetas y los duros que se ganaban allí los vecinos de Tartanga, Pául Zamorro y Délica con sus brazos y sus parejas de bueyes, el fantástico, negro como el carbon, para los que, haciendo un esfuerzo sobrehumano, tenian que ponerse á la vista de Castilla.

Al hombre que no le iba ni le venia, como se dice vulgarmente, sino que ejercia allí el papel de simple espectador, como fuese aficionado á las impresiones fuertes, el paso de la Peña de Orduña le ofrecia un gran recurso para pasar el tiempo en continuo entretenimiento, si bien es verdad que no habria podido menos de condolerse del mal trato que se daba á los pobres animales por los carreteros y arrieros apaleadores y crueles en demasía, que tal ha sido siempre con raras escepciones la propiedad característica de esta clase de hombres en España.

Lástima que no hubiera aparecido por allí, siquiera en los últimos años, algun discípulo de Mr. Daguerre para haber sa-

cado unas fotografías de los diferentes percances que tuvieron lugar á la sombra de tan imponentes rocas, para eterna memoria del sin igual peligro que corriera el viajero al afrontar la subida en medio de una gran nevada por una carretera que solo el montaraz euskaro pudiera haber imaginado hacer por donde jamás el ligero ciervo intentó trepar.

Pero quizá se le ocurriera á alguno preguntar: ¿y qué objeto podia tener el daguerreotipar unas escenas de tal naturaleza? ¿Quién habia de comprar fotografías de un género tan... *cursi*?

Prescindiendo en ellas del mérito científico que el trazado y la ejecucion del camino envuelven, así es la verdad. Por eso precisamente se habrian despachado por docenas en las férias de Miranda, Haro, Villadiego y otras muchas, y no hubiera habido posadero ni ventero que no hubiese decorado las piezas más decentes de su casa con una buena coleccion de cuadros de los percances sucedidos en ciertos dias del invierno desde Orduña á Berberana antes del ferro-carril.

L. M.

MANTILLAS Y PEINETAS. (1)

Nadie ha dado en el *quid*.

En vano ha asegurado algun periódico que carece de malicia la eleccion de mantillas de casco y peinetas de teja que las señoras de la aristoeracia han exhumado para adornarse.

En vano han demostrado que, en vez de ser un acto de oposicion, es pura y simplemente una necesidad de reemplazar los figurines de la moda francesa, que con motivo de la guerra se han escondido y no dan señales de vida.

Indicaciones, protestas, todo ha sido inútil.

—Pero ¿por qué, se preguntan las personas imparciales, por qué los que gobiernan han visto en las peinetas y las mantillas un acto de rebelion contra la dinastía revolucionaria?

La razon es muy sencilla.

Los hombres que hoy dominan manifestaron tambien con la cabeza, hará cosa de doce años, su oposicion al gobierno que entonces regia los destinos del país.

Los progresistas estaban en desgracia.

D. Salustiano de Olózaga, que tiene algo de infantil, no podia vivir en la soledad, en el silencio: necesitaba llamar la atención, sacar á su partido del ostracismo, y, en su afan de reformar, en su afan de destruir los *obstáculos tradicionales*, se levantó una mañana inspirado, y exclamó:

(1) Del nuevo periódico *La Margarita* copiamos este artículo, por ser de actualidad el asunto que trata.

—¡Voy á salvar el país: voy á abolir el sombrero de copa alta!

La idea pareció peregrina á sus amigos.

—¡Cuando el gobierno nos vea á todos con sombrero hongo, pensaron, temblará,

Hubo varias reuniones, se consultó á los sombrereros; los periódicos trataron en artículos de fondo esta cuestión *capital*, y poetas y prosistas, muchos de los que hoy son eminencias, tuvieron la bondad de regalar á España un libro en el que cada cual emitió su opinión sobre aquella reforma, que en concepto de sus iniciadores, debia hacer una revolucion.

Ventura de la Vega honró aquel libro con este inolvidable distico:

Yo ni apadrino ni rechazo el hongo:
si todos se lo ponen, me lo pongo.

Preparadas las cosas despues de muchos cabildeos, se dieron cita los honguistas, y era de ver al turgente Sr. Olózaga con su gracioso sombrero de pastor de la Arcadia, y á otra porcion de amigos suyos cruzando el Prado como quien está seguro de producir honda sensacion en la sociedad.

Dios sabe lo que hubiera pasado si aquella tarde no hubiese refrescado una menuda lluvia el hongo y la cabeza acalorada de los progresistas.

Por fortuna, aquel primer paso de la revolucion se ahogó, y el gobierno salió ileso de tan rudo ataque.

Los sombrereros hicieron su negocio, y la cosa no pasó adelante.

Ahora bien: como los hombres de la situacion creyeron por aquel medio acabar con el gobierno tiránico que imperaba, ¿tiene algo de extraño que, en su adorable candidez, hayan visto un peligro para las instituciones vigentes en las mantillas y las peinetas?

Hay, pues, que perdonarles la alarma en gracia del susto que se han llevado, y hasta, si es necesario, preguntarles si pertenece ó no á los *derechos ilegislables* el de vestirse al gusto propio, ó si ha de ser al gusto del gobierno.

Por lo demás, sino fuera cierto aquello de que cuando la Providencia quiere perder á los hombres los ciega, ellos, los que blasonaban de ser españoles de pura raza, se habrian entusiasmado, ó hubieran fingido que se entusiasmaban, al ver á las señoras dejar de ser esclavas de la moda francesa para buscar en los recuerdos españoles airosos trajes, lucidos adornos, y, sobre todo, recuerdos gratos al alma y halagadores al orgullo nacional.

¿No acusan á las damas porque viven á la francesa, porque tienen criados extranjeros, porque son tributarias de la industria exterior?

¿Pues por qué no alentar ese renacimiento?

Y, sin embargo, esto que parece fútil é insignificante, encierra un principio salvador.

Para que España exista es necesario que haya españoles; y para ser buen español es preciso, absolutamente preciso, que la riqueza de España se consuma en España; que las costumbres tengan carácter propio; que se estimule el trabajo; que se aliente el espíritu industrial en nuestra patria; que tengamos á gala no usar otros productos que los nacionales, porque solo así podremos salvar de la pobreza á las clases desheredadas, y contribuir al engrandecimiento del país.

Esta idea ha sido y es una de las más vehementes de doña Margarita.

En una nacion en donde hay costumbres y recuerdos gloriosos, no es posible, sin una abdicacion lamentable, renunciar á lo que se posee, para pedir al extranjero lo suyo. En un país donde las mujeres tienen bastante imaginacion y bastante gusto para adornarse y embellecerse sin necesidad de inspiraciones artificiales de fuera, es una verdadera desdicha que aguar-den todas el figurin francés.

Es necesario hasta exagerar el españolismo para volver á ser dignos de habitar en una nacion civilizada; es necesario buscar la realizacion, no solo de las necesidades, sino de los caprichos, en el trabajo y en el ingenio español.

Y si algun dia quiere Dios, como esperamos y deseamos,—si es el deseo ilegislable, se entiende:—si algun dia quiere Dios que nuestras esperanzas se realizen, todas las mujeres que se identifiquen con doña Margarita imitarán su ejemplo, y su ejemplo será dar á todo lo español la preferencia, y lograr que la moda, siendo tambien española, en vez de arruinar á las familias, sea el sosten de las clases trabajadoras, y la manifestacion del buen gusto y de la virtud de las damas españolas.

Lo que hoy quieren evitar unos pocos, lo aceptarán mañana todos. Por de pronto, nos consta que en la próxima Semana Santa estrenarán lujosas mantillas las damas más distinguidas de Madrid.

Animo, lectoras: sed españolas, y vuelva la mantilla á su apogeo.

Los que os combatan tienen que ser por fuerza españoles degenerados.

JUAN DE LUZ.

BIBLIOGRAFIA.

«SITUACION DE LOS OBREROS EN ESPAÑA Y MEDIOS DE MEJORAR SUS CONDICIONES.» MEMORIA ESCRITA POR EL DOCTOR D. SEBASTIAN ABREU Y CERAIN, CATEDRÁTICO DE DERECHO EN LA UNIVERSIDAD LIBRE DE VITORIA.

Agrádanos en extremo ver que en nuestras más retiradas provincias hay quien se ocupa del arreglo de las clases trabajadoras, alejándose completamente de los partidos políticos y tratando en el verdadero

terreno de la ciencia puntos de tanta importancia social como lo es el del libro cuyo titulo encabeza estas líneas.

El Sr. Abreu, con esa *fácil aplicacion*, incansable estudio y clara inteligencia que tanto le distinguen, ha llevado á cabo un trabajo, que de seguro satisfará al más escrupuloso en la materia que trata y que sin faltar á la verdad podemos asegurar que es uno de los más acabados que conocemos.

Cierto que el libro del Sr. Abreu carece de ese estilo florido y pintoresco que tanto agrada aun en los libros más serios y que dá amenidad á las materias más áridas; pero en cambio tiene un abundante manantial de conocimientos y noticias curiosas, una lógica suave, sí, pero convincente, y un orden y método superiores á los que generalmente suelen usarse al escribir sobre tales asuntos.

Ocúpase en el párrafo primero de reseñar la historia de las vicisitudes por que han pasado las clases obreras desde los tiempos más remotos, esceptuando la clase obrera de España, de la cual se ocupa en el segundo.

Presenta á continuacion las escuelas comunista y socialista, y refuta minuciosamente (y en nuestro concepto de una manera victoriosa) sus ideas, apoyado en la historia y en citas que aduce de alguno que otro publicista importante.

Continúa el libro exponiendo los remedios, á su parecer necesarios y convenientes, para extinguir los males que asolan á las clases obreras, proponiendo la *Educacion, Instruccion y Moralizacion*, remedios que, aunque ya conociamos por haber sido propuestos por otros que más ó menos directamente han tratado la misma cuestion, nos han agradado, pues además de encontrarlos expuestos con gran novedad, están más completos, más metodizados y más explicitos que en otros libros.

Y para terminar, el Sr. de Abreu, con su acostumbrada y no afectada modestia, manifiesta en breves palabras, las pocas exigencias que abriga respecto á su trabajo, y lo poco que necesita para quedar completamente satisfecho.

La obra del Sr. de Abreu, es de gran actualidad, y no dudamos que tendrá muy favorable acogida, principalmente por los que se dedican á tan espinosa pero importante cuestion.

No terminaremos sin dar nuestra más cordial enhorabuena al Sr. de Abreu, rogándole se dedique á escribir esta clase

de libros, en la que ha principiado á dar á conocer su ilustracion y su talento de una manera tan brillante y satisfactoria.

Tampoco debemos olvidar la elegante impresion del libro, que prueba una vez más el esmero y cuidado, al mismo tiempo que la superioridad tipográfica, del establecimiento de los *hijos de Manteli*.

H. DE T.

UN PUÑADO DE MUJERES.

POR

Julio Nombela.

(Conclusion.)

—¿Pero á dónde, mujer?
 —Ya lo sabrás.
 —Eso es una locura. Serénate, no te arrebates, dime lo que te pasa.
 —Tú quieres verme muerta.
 —No tal; pero....
 —Pues vamos
 —¿Pero á dónde?
 —Muy lejos, donde nadie lo sepa, donde mi familia no pueda encontrarme; al extranjero, á la China.
 —¿Me propones huir?
 —Sin dilacion.
 —¡Bah! ¡Bah! no seas loca..... reflexionalo bien.
 —Está reflexionado. Mi novio el militar, al ver que mi familia no le aceptaba para esposo mio, me propuso una fuga, un rapto. «Al darlas siete y media te espero junto á la fuente de la Cibeles, tomaremos el ferro-carril y huiremos. Cuando seamos esposos, ya no nos podrán separar.» Esto me escribió el pèrfido: yo le creí y he acudido á la cita; pero ha faltado, son las ocho, mi familia me andará buscando, y no hay tiempo que perder. Vamos..... vamos.....
 —Yo... francamente... no.
 —¿Qué es esto? ¿tú tambien me abandonas? ¡tú, mi mejor amigo!... ¿Y las promesas que me has hecho al pedirme amistad?
 Emilio descubrió otro lado malo de su sistema.
 —No te acompañaré, le dijo, resolviéndose á tener carácter.
 —¡Bien está! Entonces esta noche dormirás en la cárcel. Voy á tirarme por el balcon.
 Al decirlo, se dirigió hácia las vidrieras; pero Emilio la detuvo.
 La conocia, y sabia muy bien que era capaz de cumplir su amenaza.
 Se resignó á darla gusto, cogió el dinero que tenia, y creyendo que su viaje no podia durar mucho, salió con ella, diciendo á su patrona que se marchaba por dos dias.
 Una hora despues salieron de Madrid en el tren de Alicante, y á la noche siguiente llegaron á esta ciudad, instalándose en una fonda.

Durante el viaje no hablaron ni una sola palabra. Lo que Emilio pensó, las maldiciones que echó á su sistema, bastaria por sí solo para formar un libro.

Pero todavía no habian empezado los apuros de los jóvenes viajeros.

Al llegar á la fonda eran las dos de la mañana.

—Dos cuartos, dijo Emilio al primer mozo que encontró.

No hay más que uno, pero es grande y en él hay cama de matrimonio, contestó el fámulo.

Habian tenido la debilidad de decirle al principio que eran esposos, y ya no podian desdecirse.

—¿Qué hacer? exclamó Rosario.

Emilio se encogió de hombros, y el criado abrió una puerta y les hizo entrar en un gran cuarto.

—Pasaremos la noche en vela, dijo Emilio.

El criado les preguntó si querian cenar; respondieron que no, y salió, cerrando la puerta.

Nuestros dos héroes se quedaron solos.

—¿Ves lo que has hecho con tu falta de juicio? dijo Emilio al ver á Rosario silenciosa y ruborizada.

La jóven, que habia reflexionado, comprendia cuánta razon tenia su amigo, y no sabia qué hacer.

Un llanto copiosísimo nubló sus ojos.

—¡Soy una loca! exclamó, y tú eres un verdadero amigo cuando tanto te has espuerto por mí.

Emilio, enternecido, fué á sacar el pañuelo, y encontró un nudo en él.

Aquel nudo era un recuerdo.

Dos noches antes de salir de Madrid con Rosario se habia atrevido á decir á Julia algunas frases más que amistosas. Se habia decidido á amarla, y se lo habia dado á entender, prometiéndola ir á confiarla su secreto dos noches despues.

Aquel nudo fué otro nudo para su corazón, y hubiera deseado que lo hubiera sido para su cuello.

—Estoy decidida, dijo Rosario de pronto: estoy decidida á volver á Madrid. Pediré perdon á mi familia: mi arrepentimiento será eterno, se apiadarán de mí y me perdonarán.

Esta solucion tranquilizó su alma; pero no mitigó su tenaz sueño.

La noche anterior no habia dormido, y el rubor de hallarse solos, lejos ella de su familia y con un hombre que no era su marido ni su hermano, la hacian luchar para no dormirse.

Emilio estaba tambien avergonzado.

Pero Rosario no pudo más, y á instancias de su amigo se recostó en el lecho.

—Yo me pasearé, la dijo; yo seré el ángel de tu guarda.

Rosario se acostó, y el arrepentimiento aumentó su llanto y sus sollozos.

Emilio, para consolarla, se sentó á la cabecera de su cama, cogió su mano cariñosamente, y un cuarto de hora despues los dos se quedaron profundamente dormidos.

XIII.

LAS APARIENCIAS.

A las siete de la mañana llegó á la fonda un caballero ya de edad, el gobernador y dos municipales.

Dieron las señas de los dos jóvenes, y el mozo de la fonda les indicó el cuarto.

Llamaron á la puerta, y el matrimonio fingido, sobresaltado al oír los golpes, despertó y se avergonzó de nuevo.

—Abren Vds. en nombre de la ley, dijo el gobernador.

Esta frase heló la sangre de los dos jóvenes.

—¡Somos perdidos! exclamaron.

—Abre, hija ingrata, abre, añadió el caballero.

Emilio abrió.

La escena, por consiguiente, fué muy original.

El padre, furibundo; la hija, á sus pies implorando perdon; el gobernador, apostrofando al seductor; Emilio, protestando; los dos municipales, á la puerta; este cuadro trágico-cómico fué digno del pincel de Goya.

Pasado el primer ímpetu, la primera explosion, comenzaron las negociaciones.

El padre, que creia hallar á su hija con el militar, se asombró al reconocer á Emilio.

Nunca hubiera podido imaginárselo; pero el honor de su hija estaba perdido, y era preciso recuperarlo.

—Ha pasado una noche con mi hija, á los ojos del mundo está deshonrada, y esto no puede quedarse así. Tendrá que ser su esposo.

El gobernador declaró que este era su deber.

Rosario y Emilio no se atrevieron á mirarse cara á cara.

La lógica de sus aprehensores era contundente: las apariencias los culpaban, y Emilio era ante todo un buen muchacho.

Renunciamos á referir lo que pasó: nuestros lectores pueden figurárselo.

Hija y padre, acompañados de Emilio, salieron por la tarde de Alicante, y á las doce del dia siguiente entraron en Madrid.

Esta aventura se comentó en todos los círculos que frecuentaban, y á cada instante se hacia más precisa la union de los dos prófugos.

Solo á este precio volveria á ser admitida en la familia la hija pródiga.

—¿Y qué vamos á hacer? la dijo Emilio, á quien aquellos sucesos habian trastornado completamente.

—Yo, respondió Rosario ruborizándose, yo.... si tú quieres, me casaré contigo.

—Pecho al agua, se dijo Emilio para su colete, recordando los olivares de Utrera. Pondremos fin á la novela de nuestra vida.

XIV.

UNA BODA INESPERADA.

Emilio y Rosario se casaron, y el militar,

al saberlo, se desesperó por no haber acudido á la cita.

Emilio no se dió cuenta de lo que habia pasado hasta el dia siguiente de su boda; pero dió por bien empleado todo lo sucedido, y por la última vez renegó de sus teorías.

Rosario—¡lo que son las mujeres!—estaba loca de contenta.

Lo inesperado de su enlace agradaba á su imaginacion novelesca y la hacia augurar un porvenir risueño.

Las amigas de Emilio le rechazaron indignadas por su apostasia.

Los amigos le envidiaron.

El padre de su mujer se los llevó á Utrera, y Emilio se puso al frente de los negocios de la casa.

XV.

CONCLUSION.

Hace muy poco tiempo que Emilio escribió una carta á uno de sus amigos de Madrid. Hé aquí uno de los párrafos de la indicada epístola:

«Mi mujer es un ángel, y eso que parecia un demonio antes de ser mi mujer. Me cuida mucho, me quiere más, y ya me ha dado dos herederos. Lo extraño de mi boda, la conducta de mi esposa y mi actual posicion me prueban más y más que yo; uno de los más grandes pensadores de mi época, era un solemne loco, que el destino serie de todas las teorías de los hombres, de todos los sistemas, y que entre un puñado de mujeres puede hallarse una buena en la que menos lo parece.

»Por tanto, te aconsejo que no profeses más que una teoría, la de no profesar ninguna.

»Buena suerte, y á vivir.»

Concluiré diciendo que estoy de acuerdo con el héroe de mi historia.

FIN.

ADVERTENCIA.

Como anunciamos en otro lu-

gar, con el número actual terminamos la publicacion de EL PAIS VASCO-NAVARRO, ó, mejor dicho, trasformamos nuestro semanario dándole un nuevo título y haciendo estensivas las doctrinas que profesa á toda España. En breve recibirán los señores suscritores el prospecto de la nueva publicacion, y, seguros de que les agradará, esperamos que en este caso nos manifiesten si desean continuar favoreciéndonos.

Los suscritores que tienen abonados uno ó más trimestres se servirán manifestarnos su resolucion, para acreditarles lo que han anticipado ó devolverles el importe.

Del mismo modo que estamos dispuestos á cumplir como es debido con nuestros favorecedores, esperamos que cumplirán con nosotros los que, no habiendo dejado la suscripcion, nos adeudan uno ó más trimestres. En pequeñas cantidades pasa de 3.000 reales lo que importa este crédito, y confiamos en que al renovar la suscripcion al nuevo periódico ó al anunciarnos que cesan, abonarán sus descubiertos.

Como todos los señores suscritores recibirán el prospecto y el primer número de la nueva publica-

cion, nada más les decimos por hoy, aguardando su juicio y deseando que sea favorable á nuestros deseos.

ANUNCIO.

Se ha repartido el segundo cuaderno de la novela *Memorias de la España de Pan y Toros*. Va ilustrada con una lámina en la que aparece un retrato exactísimo del famoso torero *Pepe-Hillo*. Cada cuaderno cuesta un real, y la obra completa 40 rs.

Como su autor, el Sr. D. Julio Nombela, se propone reunir en su obra todos los rasgos de heroísmo particulares de los españoles durante la invasion francesa de 1808, ruega á las personas que conozcan algunos de estos hechos ó que hayan tenido en su familia personas que ejecutasen algun acto de valor, se los comuniquen en carta á la calle de Serrano, 14, 3.º, Madrid. Como Navarra y las provincias Vascongadas fueron teatro de los más grandes heroísmos, el Sr. Nombela escita el celo de los vascongados y navarros para que le suministren tan preciosos datos.

MADRID.—1871.

Imprenta á cargo de M. G. Hernandez,
calle de San Miguel, 23.

Bases de la suscripcion.

EL PAIS VASCO-NAVARRO aparece todos los domingos, y consta de ocho páginas á tres columnas cada una. Puede hacerse la suscripcion enviando el importe de uno ó mas trimestres en letras del Giro Mútuo ó en sellos en carta certificada á la Administracion Central de Madrid, calle de Serrano, 14, tercero, ó á la sucursal de Navarra, en la Secretaria del Colegio de internos.

Precios de la suscripcion.

En España.....	3 meses.	12 reales.
	6 —	24
	1 año...	48
En Cuba y Puerto Rico.....	6 meses.	3 pesos.
	1 año...	5
América del Sur y Filipinas.....	6 meses.	4
	1 año...	7
Extranjero.....	6 meses.	12 francos.
NÚMEROS SUELTOS.		
En España.....		2 reales.
En el extranjero.....		1 franco.
En Cuba y Puerto-Rico.....		4 reales.
En el resto de América, fijarán el precio los agentes.		

Puntos de suscripcion.

MADRID: Serrano, 14, tercero (barrio de Salamanca).
PAMPLONA: Secretaria del Colegio de internos.
VITORIA: D. N. Becerro, en el establecimiento tipográfico del Sr. Iturbe, San Francisco, 23.—Libreria de D. Bernardino Robles.
SAN SEBASTIAN: Libreria de D. I. R. Baroja, plaza de la Constitucion.
BILBAO: Libreria de D. Juan E. Delmas.—Libreria de D. Tiburcio Astuy.
TOLOSA: D. Pedro Gurruchaga.
HABANA: Propaganda literaria, Habana, 110.